

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Winwood Reade

De la mentalidad humana

¿Cuál es la historia del hombre individual?

Su vida comienza por un estado ambiguo de la materia, sin diferir de ningún modo de la forma original del animal ó de la planta más rudimentarios. Luego se convierte en una célula y su vida es, precisamente, la de un animalculo. Alrededor de la célula primordial se agrupan otras células y entonces el hombre llega á un estado en que podría tomársele por una ostra sin desarrollar; crece un poco más y se le puede tomar por un pez; después llega á un estado propio de los cuadrúpedos y enseguida á una forma propia de los cuadrúpedos de un tipo superior.

La hora del nacimiento se acerca. Replegado en la oscuridad de la matriz, es la imagen de un mono, la caricatura, la profecía del hombre que va á salir. Cuando ha nacido, anda á cuatro patas durante un periodo; profiere sonidos inarticulados, y hasta cuando es muchacho su pasión por subirse á los árboles parece un resto de la vida arborícola.

Cada hombre individual ha sido formado de tal modo, que el observador más experto, ayudado por el microscopio más poderoso, no habría podido pronunciarse para decir si iba á salir un

hombre ó una planta, un hombre ó un animalculo, un hombre ó un molusco, un hombre ó un cabrajo, un hombre ó un reptil, un hombre ó un pájaro, un hombre ó un cuadrúpedo, un hombre ó un mono... ¿Por qué, pues, ha de parecer extraño que la raza humana entera haya pasado por estas etapas de animalculo, de reptil, etc.?... No tan solamente los cuerpos, hasta los espíritus de los hombres están contruidos sobre el modelo de los animales inferiores. Procurarse el alimento, obtener una compañera, criar una familia: he aquí los verdaderos objetivos de la vida, en el hombre como en los animales. Si nos estudiamos descubrimos en nosotros tendencias que nos demuestran que nuestra inteligencia se ha desarrollado surgiendo de una forma inferior. Examinando la mentalidad de los animales inferiores hallamos en ella los rudimentos de nuestros talentos y de nuestras cualidades. Del propio modo que el bello cuerpo humano, aún imperfecto, ha salido lentamente de las viles y feas criaturas acuáticas y terrestres, así la bella inteligencia humana ha salido de los instintos de los animales inferiores.

Todo lo que se ha elevado, todo lo que es bello en la naturaleza humana, tiene

su origen en el reino inferior. El espíritu de investigación filosófica tiene su origen en la curiosidad bruta derivada del hábito de investigar todas las cosas para buscar el alimento.

El genio artístico es una expansión de la facultad de imitación de los monos. La lealtad y la piedad, las virtudes respetuosas, han salido del amor filial. La benevolencia y la magnanimidad, las virtudes generosas, del amor paternal. El sentido de la decencia tiene su origen en el sentido de la limpieza, y este último se remonta al instinto sexual. El amor delicado y ardiente, la religión del corazón que dulcifica y afina la entera vida del hombre, la afección noble y pura, sin mancha de sexualidad, se deriva, no obstante, del deseo que impulsa al animal macho á buscar la hembra; y la timidez sexual que impulsa la hembra á huir del macho se ha transformado en la modestia de la virgen que la protege contra el vicio ocultando bajo el velo de una contención casta y noble un amor apasionado y ardiente, que prefiere languidecer en silencio y hasta morir, antes que proclamar una pasión que no es recíproca.

Individuos hay que prefieren afirmar que sus antepasados han declinado antes que vanagloriarse de que ellos han progresado en el mundo por su industria y sus talentos. Es el mismo sentimiento mezquino, el mismo orgullo del nacimiento que hace que tanta gente prefiera creer que son ángeles caídos antes que confesar que son monos que se han elevado.

En las investigaciones científicas semejantes fantasías deben olvidarse. Nuestro deber es descubrir la verdad y luego evidenciarla con la decisión y el máximo de claridad posibles. Los prejuicios no deben «respetarse», sino destruirse. Puede consolarse á los espíritus débiles haciéndoles observar que la na-

turalaleza humana no queda rebajada ante las revelaciones de la ciencia. El cuerpo de una mujer no es menos bello porque un tiempo haya sido una masa de carne deforme. La modestia de una virgen no es menos noble porque hayamos sabido que en su origen era una propensión dictada acaso por el temor del dolor. La belleza de la inteligencia es tan verdadera como la belleza del cuerpo y no hay motivo para desanimarse porque hayamos aprendido que ambas han pasado por etapas embrionarias. El método de la naturaleza estriba en tomar algo mezquino, repugnante y grotesco en sí mismo, y construir una obra maestra por medio de leyes generales y graduales. A menudo estas mismas leyes son viles y crueles. Este método se aplica lo mismo á los individuos que á toda la materia, á las formas físicas como á las mentales. Y cuando comprendemos que el genio del hombre se ha desarrollado en una larga línea que tiene su punto de partida en los simples impulsos de la célula primitiva y que el desarrollo ha sido ayudado por los esfuerzos conscientes del mismo hombre ¡qué porvenir glorioso entrevemos para la raza humana! Es muy probable que nuestra inteligencia no haya alcanzado aún todo su crecimiento y que un día seamos superiores á nuestro estado actual, como superiores somos al estado del insecto. Examinando el espíritu humano hallamos que no es perfecto ni maduro, sino en una condición anfibia y de transición. Vivimos entre dos mundos; nos elevamos hasta las nubes y rastreamos al propio tiempo por el suelo; poseemos las inspiraciones de los creadores y los instintos de los cuadrúpedos. No hay sino una explicación á este hecho. Estamos en el periodo de transición, entre el animal y una forma superior; como si dijéramos en el segundo acto del drama de nuestro planeta.

The Martyrdom of Man, pág. 390-394.

Las grandes obras de la civilización

(Conclusión)

Y ahora permitidme que desde la prosa de la vida, que dirían los poetas que cantan á la luna sin que ésta les escuche, salte á los dominios del cerebro y de la afectividad.

Si el carbón y el hierro y la maquinaria han cambiado la faz de la tierra, las ciencias, la inmensa suma de los conocimientos adquiridos, han transformado radicalmente al hombre. La imprenta, con sus mil lenguas, ha hecho el prodigio de avivar millones de cerebros dormidos. La astronomía, la física y la química nos han dado nociones precisas del universo y de nosotros mismos y han emancipado el pensamiento de la superstición y del fanatismo. La derrota de la teología y de la metafísica señala el comienzo de una nueva existencia para los hombres. El experimentalismo hanos traído á la realidad viviente donde toda verdad, conocida ó ignorada, palpita. La gran mecánica del universo nos es tan familiar como el funcionalismo de la máquina humana. Los principios conforme á los cuales desenvuélvese á nuestra vista la existencia cósmica y la existencia individual son de día en día más y mejor conocidos. La certidumbre de las reacciones químicas en virtud de las que obran y reobran desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño nos conduce á maravillosos resultados que abren al porvenir ámplios horizontes.

Inútil cantar la bancarrota de las ciencias. Lo que quiebra son las creencias, los dogmas. El pensamiento recaba su absoluta libertad.

El desarrollo intelectual de nuestra época es la consecuencia afortunada del triunfo de las ciencias y la consagración

de la libertad en todas las manifestaciones de la vida. Las generaciones sucedense cada vez mejor dispuestas para recibir la herencia cuantiosa del saber conquistado. No se dan ciertamente generaciones de sábios y de génios; pero así como el ejercicio especial de ciertos órganos produce generaciones mejor adaptadas á ciertas funciones, así el ejercicio mental produce cerebros más aptos para la adquisición rápida de todos los conocimientos. No de otra suerte se explica por la razón inversa, la atrofia intelectual de determinadas razas; no de otra suerte la mujer ha quedado rezagada en el desenvolvimiento de la civilización.

No he de hablaros de las encarnizadas contiendas acerca de la esfericidad y de los movimientos de la tierra y del destino del universo; de las luchas sangrientas sostenidas en el tránsito de la magia, de la alquimia y de la astrología, achicharradas por las hogueras de la fe, á la física, la química y la astronomía triunfantes á la hora presente por la sola fuerza de la verdad en cuyo holocausto se han sacrificado millares de existencias. El triunfo definitivo de la inteligencia quedó consagrado el día glorioso que en el campo del telescopio apareció, con precisión matemática, el mundo perdido en los espacios que el cálculo de los hombres había previsto.

Bástenos en estos instantes patentizar las consecuencias de este triunfo.

Desde el momento que hemos aprendido que la tierra es diminutísimo grano de arena en la inmensidad de los espacios poblado de millones de mundos; que nuestro sistema planetario no es sino parte pequeñísima del gran todo en que

multitud de otros sistemas giran sin cesar dentro de órbitas incalculables; desde el momento que nos ha sido dado el conocimiento de miríadas de existencias por debajo y por encima de nosotros y que el universo entero es todo vida que se desenvuelve en lo infinito del tiempo y del espacio, movimiento eterno que, palpable ó impalpable, hace vibrar á la materia tan una en su esencia como diversa en su forma; desde el instante que hemos sabido que el corazón está constituido conforme á los principios de la hidráulica, que el organismo humano es magnífico laboratorio químico y asiento de las más precisas leyes de la dinámica; desde el instante que nos hemos dado cuenta de las influencias internas y externas que nos modifican ó nos afirman, influencias del sol, del mar, de las altitudes, del clima, de las estaciones, de nuestros propios huesos y de nuestra propia carne, de los agentes físicos y también de los agentes artificiales derivados de la constitución política, económica y social de los pueblos, el concepto de la personalidad cambió radicalmente.

La educación idealista y teológica hubo de sumir á la humanidad en la barbarie. La educación de las ciencias, si queréis positiva y materialista, hannonos elevado, dignificándonos y redimiéndonos. Fijaos bien como bajo la influencia de las quimeras de antaño, se cayó en todos los horrores de la guerra, en todas las crueldades del fanatismo, en todas las degradaciones del cuerpo y del alma. Se condenaba la carne, y la carne embruteciase, prostituíase. Y tras de la carne precipitábase en los abismos de la lujuria y de la bestialidad todo lo que hay de más hermoso y más noble en el hombre: afectos, sentimientos, gustos, aspiraciones. Fijaos bien como bajo el influjo de las certidumbres de la verdad científica va el mundo caminando hacia la paz y el amor y la justicia; como por el conocimiento de la humildad de

nuestro organismo, se agiganta el hombre, se enaltece la personalidad haciéndola apta para las más bellas empresas y para los más puros ideales; como se dignifica la carne y se lleva al alma por los senderos del más allá inacabable, tanto más lejano cuanto más á él nos aproximamos en el correr sin tregua tras el bienestar sin límites del individuo y de la especie.

La subordinación del pensamiento y de la conciencia, la quimérica aspiración á los goces inefables de una justicia y de un amor fuera de nosotros mismos, conducíanos á la anulación moral é intelectual y nos hundía en la más deprimente esclavitud. El triunfo de la inteligencia, emancipando conciencia y pensamiento, llévanos á la total dignificación humana por la liberación de las fatalidades ambientes, de los atavismos mentales y de los errores históricos. Exaltación de la personalidad, ante la que abre anchos horizontes el desarrollo espléndido de los conocimientos: he ahí la gran obra.

Concurren, como véis, las grandes obras de la civilización todas al mismo fin. Materialmente nos han dado el aseo, la comodidad, la hartura, la posibilidad de satisfacer todas las necesidades, cualquiera que sea su desarrollo; intelectualmente la dignidad, la ciencia, la posesión de nosotros mismos. Si admirable es por el progreso del trabajo industrial la civilización, mucho más lo es por el desenvolvimiento intelectual y ético.

Mas ¡ay! que por desdicha también aquí la música triunfal de los adelantos modernos suena inarmónicamente á nuestros oídos.

Las conquistas científicas no han llegado sino á muy contados cerebros. En el campo, millones de hombres lo ignoran todo. En las ciudades ¡cuántos y cuántos no desconocen los más elementales rudimentos de la ciencia! Y aun las gentes cultas, los que estudian, los

que sienten ansias de saber ¡qué deficiente caudal el suyo! Superviven errores, supersticiones y fanatismos que nos deshonran. Persiste la imposibilidad de emanciparse por insuficiencia de medios. La abundancia es la tortura del menesteroso intelectual y fisiológicamente.

No agitan al mundo aquellas graves contiendas entre los partidarios de las teorías geocéntrica y heliocéntrica, pero la multitud cree firmemente que el sol sale todos los días por oriente y se pone por occidente. Sobre esta inmensa ignorancia todavía reina el error y el fanatismo. No se pone ya en tela de juicio las verdades de la física y de la química, pero las gentes abriga en sus cerebros las más estupendas ideas y creen, con más ó menos firmeza, en la cabalística de los charlatanes y de las vividoras. Un milagrero de esos que lo curan todo, merece mayor fe que el médico mejor reputado. La magia ridícula é insolente de cualquier harpía, tiene más crédito que el más sabio consejo de la prudencia ó de la amistad. Continúan inexplicables para la masa, los fenómenos del movimiento, de la luz, del calor, del sonido, de la electricidad. No mencionemos siquiera las relaciones de causa á efecto. La semi-cultura en que vivimos no ha logrado que nos diferenciemos de aquellos que perduran en la barbarie sino por la forma de expresar nuestros absurdos.

¡Qué tremenda ignorancia de todas las cosas por doquier! La sonrisa de la incredulidad es la mueca horrible de un mundo bestializado que se precia de sabio.

¿Necesitaré deciros que este abismo intelectual que separa á los hombres, agrava extraordinariamente el conflicto de la existencia y sus cruentas luchas? ¿Necesitaré deciros que hace más y más lejano el buen acuerdo entre los combatientes?

No son deficiencias de las leyes ó pe-

queños lunares de la organización social los que ocasionan nuestra incultura. Es la organización misma, es la imposibilidad de satisfacer las necesidades adecuadamente, lo que nos sume en la ignorancia.

No soy de los que juzgan de la cultura de un pueblo por la estadística de analfabetos. Con tenerlo en mucho pienso que es dato insuficiente, porque el caudal de los conocimientos actuales no puede llegar á la multitud por medio del pobre y trabajoso deletreo de unos cuantos renglones. Casi todo el mundo, contra lo que generalmente se cree, aprende á leer y escribir; pero cuando pudiera beneficiarse de esta ventaja, vienen las apremiantes necesidades de la vida material á arrojar sin piedad en el infierno del taller, de la mina ó del surco, á tierñas criaturas que se agotan y se embrutece y lo olvidan todo en las rudezas del trabajo esclavo. Es así como, á despecho de todas las pragmáticas, se perpetúan la ignorancia y el error y así también como por la resignación y el consentimiento general permanecen acaparados, lo mismo que los beneficios intelectuales, los beneficios materiales de la civilización.

Hay, pues, necesidad, y necesidad perentoria, de generalizar los conocimientos tanto como los medios de existencia; urge llevar á todas partes con el alimento para el cuerpo el pan de la inteligencia. Nuestra civilización será incompleta mientras esta justicia no se cumpla.

Y permitidme que haga aquí un paréntesis que juzgo conveniente. En tanto la evolución humana no colma la aspiración final del bienestar y del saber para todos, hay mucho que hacer, muchos y grandes empeños para los hombres de corazón y para los pensadores.

Así como todas las ideas tuvieron sus apóstoles y sus sacrificios, es menester que los tenga la ciencia. Que el sabio

salga de su gabinete á orearse con el puro ambiente; que nadie se encierre en su torre de marfil. Tal como se organizan estas conferencias, ¿porqué no extenderlas más allá de los cuatro muros del edificio? ¿porqué no llevar al valle y á la montaña, en días que pueden ser de agradable solaz, un poco del saber universal? ¿porqué no decidirse á poner ante los ojos del atónito campesino el conocimiento experimental de ciertas verdades que son ya para muchas gentes cosas vulgares? En los mismos grandes núcleos urbanos, ¿qué no podría hacerse si catedráticos, doctores, grandes ó modestos talentos fueran á derramar su ciencia entre las multitudes desheredadas?

Ya sé que por regla general faltan medios donde sobran ciencia y voluntad. Es la impotencia económica que aquí también pone de relieve el desequilibrio en que vivimos. Mas, ¿no podría suplirse en parte la deficiencia económica con un poco de iniciativa y un mucho de asociación? Júntense los entusiastas del progreso social, los que aman la ciencia y los que la cultivan; broten espontáneas las iniciativas individuales y surja la cooperación necesaria y bien pronto podrá el céntimo lo que no puede el millón y campos y ciudades se poblarán de predicadores de la buena nueva. Que no se lleven sólo palabras: en este proselitismo nuevo á favor de la verdad, es necesario que la sencilla experiencia haga la luz en los cerebros que dormitan. La ignorancia aun ante la realidad es incrédula.

Y terminado este paréntesis, vuelvo á mi tema y concluyo.

Son tan verdaderos los hechos y consecuencias que muy á grandes trazos he apuntado, que juzgo innecesario esforzarme en acumular datos y pruebas que los confirmen.

¿Quién podría negar los beneficios morales y materiales de la civilización?

¿Quién las profundos males, causa de las luchas contemporáneas? ¿Quién, por otra parte, ha de negarse á reconocer que vivimos en permanente desequilibrio por la ausencia de paralelismo entre los inmensos adelantos realizados y la posibilidad de su goce para todos?

No hablamos en nombre de ninguna idea predeterminada, de ninguna fe, de ningún dogma. Pero puede afirmarse en nombre de la verdad que la especie humana lucha con justicia por un ideal supremo: la independencia y el bienestar para todos.

Acallemos las pasiones; pongamos freno al encono de los intereses, á la dogmática de las creencias. Y si la bondad habla, si habla la justicia, si hay un sólo destello de serena razón, vendremos obligados á reconocer que nuestro deber de hombres es acelerar este movimiento de avance que quiere para todos el bien, para todos la justicia, para todos la paz, para todos amor.

Cualquiera que sea el estado de la humanidad, es siempre transitorio. Transitorias son todas las cosas de la existencia. Así como la verdad está en perpétua formación, así también el organismo social se vacía en la variabilidad continua de las necesidades y de las aspiraciones. ¡A qué empeñarnos en conservar el fruto de nuestras propias reformas, si ellas contienen el germen de otras nuevas! Las formas, se dice, son transitorias, mas no la ley. Y bien: la misma ley no es más que un compromiso, una convención provisional de nuestro entendimiento. ¡No os amparéis, pues, en la pretensión de que vivimos según la ley?

Aun en la propia esfera de las ciencias, cuando decimos que las cosas suceden conforme al ritmo de tal ó cual ley, mejor haríamos si dijéramos que el modo como las cosas suceden nos infiere la necesidad de establecer lo que se llama ley. Parece, de otro modo, que los

mundos se han hecho para las leyes, y así es como se fortalece nuestra educación dogmática y sectaria, hasta el punto de que no sea raro que muchos libros reputados científicos estén plagados de pueriles decretos sobre el curso de los sucesos y el funcionalismo de la existencia.

¿Estamos seguros de que el universo entero obedece y obedecerá, sin variación posible, las leyes según las concebimos actualmente? ¿Estamos seguros de que el principio del movimiento por el cual se explican los fenómenos todos, luz, calor, sonido, etcétera, no es también aplicable á las leyes mismas?

No hablaremos aquí de los medios adecuados á la consecución de la suprema finalidad humana, es á saber: el bienestar de la especie y la libertad del hombre.

Hay una gran verdad reconocida: que vivimos mal y todo concurre á que vivamos bien, que vivimos esclavos y todo concurre á que vivamos libres.

Se llegará por mil caminos distintos, pero se llegará á la conquista del contenido de la evolución. No es la fe quien contesta; es el curso de los sucesos.

A los que piensen en el correr necesario de siglos y siglos y hagan paso á

la voz de los egoísmos brutales que viven en nosotros, convendría recordarles como en brevísimo tiempo ha realizado Europa un avance prodigioso y un cambio profundo.

La manera como después de dormitar largo tiempo innumerables generaciones en la posesión de algunas verdades elementales, se avanzó de pronto en medio de las más maravillosas innovaciones, prueba que la evolución no es todo lo parsimoniosa que quisieran los doctores del quietismo y que la ley con arreglo á cuyo metro querrían que todo sucediese dista bastante de estar bien establecida.

Más sea del tiempo y de la oportunidad lo que quiera, es lo cierto que la obra de la civilización resulta deficiente, incompleta; que el propio desenvolvimiento de la industria y de los conocimientos implica la solución al problema de la miseria y de la ignorancia; y que, en fin, la más grande de las obras de la civilización está por realizar y será aquella que conduzca á todos los humanos al bienestar y á la libertad, solución de armonía y de paz social que el rápido caminar de los tiempos impondrá fatal y felizmente.—HE DICHO.

Pedro Kropotkin

Los anarquistas y la Gran Revolución

A menudo se nos reprocha nuestro nombre de anarquistas. «Pase por vuestras ideas, se nos dice; yo también las quiero; pero este desgraciado nombre!... ¿Cómo queréis ser un partido poderoso, con este nombre que implica desorden, destrucción, caos?»

Ya dijimos una vez (*Palabras de un rebelde*) por qué preferimos el «desorden» á este «orden» que reinó un día en Varsovia, que más tarde fué restablecido en París mediante el asesinato de

treinta mil proletarios y cuyo triunfo se nos anuncia cada vez que se ahoga en sangre de trabajadores un comienzo de revolución. De este *orden*, que es la secular opresión, no queremos nada. Preferimos mil veces el *desorden* que hicieron los anabaptistas en el siglo décimosexto, los revolucionarios en 1793, Garibaldi, la Commune de 1871, y tantos otros á quienes la burguesía ha calificado con el título, glorioso á nuestros ojos, de «fautores de desorden».

Y además, dijimos, esta palabra «Anarquía» — aparte su sentido muy preciso de negación del Estado — posee ya un pasado glorioso. Data, en efecto, desde la Gran Revolución, cuando se dió el nombre de anarquistas á todos los que fueron verdaderos revolucionarios, á los que no se detuvieron á mitad del camino y llegaron hasta el fondo de las cosas que se trataba de derrocar.

En cuanto á todos estos nombres de «libertarios, ácratas (sin gobierno), anti-estatistas, etc., á los cuales se ha recurrido alguna vez para no llamar demasiado sobre nosotros la persecución, todos estos nombres pecan de un defecto: que nada dicen sobre nuestro carácter de revolucionarios, de gentes que han recurrido á los *procedimientos revolucionarios* para realizar *cambios fundamentales, revolucionarios por su esencia*.



Un libelo muy conocido y que resonó mucho en su tiempo — *Brissot à ses commettants* — nos instruye suficientemente sobre el particular. En él se enumeran los crímenes de los «Anarquistas» de la Gran Revolución, y cada uno de estos crímenes es á nuestros ojos un título de gloria y una enseñanza para el porvenir.

Verdad es que aquellos que Brissot llamó anarquistas comprendían elementos muy variados. Constituíanlos los Hebertistas, los «rabiosos», los Cordeliers, el partido de Marat, y los Jacobinos avanzados. Pero todos tenían un rasgo común: la república burguesa no les satisfacía. Pedían lo que entonces se llamaba «la ley agraria», es decir, la devolución de las tierras á los municipios despojados de ellas por el antiguo régimen. Predicaban «la nivelación de las fortunas», esto que hoy llamamos «la igualdad económica». Y no creían que el Gobierno representativo de la Con-

vención fuese capaz de continuar la Revolución.

Sabían que la Convención nada haría sin que el pueblo la obligara. Tenían, sin embargo, en sus manos esta Convención y organizaban, al mismo tiempo, la sublevación popular. En París proclamaban la Comuna soberana é intentaban establecer la unidad nacional, no por efecto de un gobierno central, sino por medio de relaciones directas establecidas entre la municipalidad y las secciones de París y los 44,000 municipios de Francia.

Pues bien, nosotros estamos orgullosos de haber tenido por antepasados á hombres de esta inteligencia política.

Pero escuchemos á Brissot (1).



«Desde el principio de la Convención que ya denuncié — así debuta Brissot en su libelo — que existía en Francia un partido de desorganizadores que tiende á matar la República en su misma cuna».

Y continua:

«Hoy vengo á probar: 1.º que este partido de anarquistas ha dominado y domina en todas las deliberaciones de la Convención y en las operaciones del Consejo ejecutivo; 2.º que este partido ha sido y es aún la única causa de todos los males, tanto interiores como exteriores, que afligen á Francia; 3.º que no se puede salvar la República sino tomando una rigurosa medida para librar á los representantes de la Nación del despotismo de esta facción».

Para todo aquel que conozca el carácter de aquella época este lenguaje es

(1) He aquí el título exacto de este libelo que produjo gran sensación y fué la bandera bajo la cual se agruparon todos los antirevolucionarios y con este objeto se reimprimió en Francia, en Inglaterra y se tradujo á todos los idiomas: *J. P. Brissot, diputado del departamento Eure-et-Loir, á sus electores. Sobre la situación de la Convención Nacional, la influencia de los Anarquistas, los males que ha causado y necesidad de abolirla para salvar la República*. Este folleto, ó mejor dicho, libro de 224 páginas, lleva la fecha de 23 de Mayo de 1793.

bastante claro. Brissot pedía, simplemente, la guillotina para aquellos que él llamaba anarquistas y que queriendo continuar la Revolución para terminar la abolición del orden feudal, impedían a los burgueses, y especialmente a los Girondinos, comerse la sopa boba burguesa que cocían dentro la Convención.

Era necesario, por tanto, que esta «Anarquía» se definiera, y he aquí como la define el ministro girondino:

«Leyes sin ejecución, autoridades sin fuerza y sin prestigio, el crimen impune, *las propiedades atacadas*, violada la seguridad de los individuos, corrompida la moral del pueblo: ni constitución, ni gobierno, ni justicia; he aquí los rasgos de la Anarquía».

Bien, muy bien; precisamente esto es lo que hacía falta. «¡Autoridades sin fuerza ni prestigio!» Pero si precisamente es de este modo que se hacen las revoluciones. ¡Como si el mismo Brissot no lo supiera y no lo hubiera practicado antes de llegar al poder! Durante tres años, desde Mayo de 1789 hasta el 10 Agosto de 1792, bien fué necesario desprestigiar y envilecer la autoridad del rey y dejarla «sin fuerza» para poder derribarla el 10 de Agosto.

Pero Brissot quería que una vez llegada á este punto la Revolución cesara en su obra demoladora y no fuera más allá.

Desde el instante que se derribó la realeza y que la Convención se proclamó suprema, «todo movimiento insurreccional, nos dice Brissot, debía de cesar».

Hagamos notar de paso que los brissotinistas de la próxima revolución nos pedirán precisamente esto mismo á nosotros, y precisamente es lo que nosotros, anarquistas, descendientes de los anarquistas descritos por Brissot, es lo que nos guardaremos de hacer.

«¡Las propiedades atacadas!» Pero sin esto no se hubiera podido llevar á buen término la revolución comenzada en 1789

y detenida á principios del 1790 por la Asamblea Nacional!...

Pero esto reclama algunas explicaciones.



Cuando se derribó la realeza—abolida, sería demasiado decir, pues aun no lo es—y se proclamó la República, los burgueses creyeron que habiendo realizado su objeto debía cesar todo movimiento revolucionario, entrar otra vez en un período de calma. «Yo creí, nos dice Brissot, que únicamente el *orden* podía procurar esta calma; que el orden consistía en un respeto religioso para con las leyes, los magistrados, las propiedades, la seguridad personal».

Afortunadamente—y esto es una buena lección para el porvenir—los anarquistas no lo creyeron así. El campesino no había ganado nada que fuese positivo con la Revolución. El derecho feudal con todos sus censos, tan numerosos como pesados, *había quedado*. Todo lo que las insurrecciones de los campesinos pudieron obtener de la Asamblea Nacional, en Agosto de 1789, fué el *permiso de rescatar* los censos feudales, sin que se hubiese fijado siquiera su valor ó declarar obligatorio el rescate. El diezmo continuaba subsistiendo. Respecto las tierras que los señores, los conventos y la Iglesia arrebataron á los municipios rurales durante el curso de los siglos xvii y xviii, nada se hizo para legalizar el rescate allí donde se efectuó por la fuerza y aun menos se hizo para generalizarlo allí donde no se efectuó.

Peor que esto. Desde Junio de 1790 que se votó una ley, de la que se guardan bien de hablar los historiadores y los admiradores del orden, según la cual el no pagar los diezmos y los censos feudales quedaba severamente castigado y establecía la pena de muerte contra toda propaganda que se hiciera contra el diezmo. Por esto cuando Brissot habla

de respeto á las leyes y de justicia, hay que comprender que la justicia brissotina significaba la muerte para todo aquel que osara hablar de arrebatarse á los señores ó á los conventos las tierras que éstos antes habían robado. El mismo Brissot lo reconoce en una nota en que habla de Momoro, «el mismo que estuvo á punto de ser ahorcado, y que sin Buzot lo hubiera sido, á causa de sus *predicaciones sobre la ley agraria*». Seguramente que Brissot lo sintió mucho.

El odio de los burgueses que habían llegado al poder, contra los socialistas de la época — contra los que predicaban que la tierra tenía que ser para el cam-

pesino — y, sobre todo, contra los anarquistas de la época que hacia esta solución empujaban á los campesinos, este odio, repetimos, no se saciaba con la guillotina.

Por esto nos dice Brissot que «los verdaderos enemigos del pueblo y de la República eran los anarquistas, *los predicadores de la ley agraria, los excitadores de sedición*, los empresarios de revolución». Por esto pedía que se les aniquilara...

Pues bien; nosotros estamos orgullosos de contar á estos hombres entre nuestros antepasados.

(Continuará)

Gustavo Le Bon

El gran trabajo anónimo de la multitud

La complejidad de los fenómenos sociales es tal, que resulta imposible abarcarlos en su conjunto y prever los efectos de su influencia recíproca. Parece que detrás de los hechos visibles se ocultan á veces millares de causas invisibles. Los fenómenos sociales visibles parece que son la resultante de un inmenso trabajo inconsciente, inaccesible casi siempre á nuestro análisis. Se pueden comparar los fenómenos perceptibles á las olas que traducen en la superficie del océano los movimientos subterráneos de que es objeto y que no conocemos. Observadas en la mayor parte de sus actos las multitudes dan prueba muy á menudo de una mentalidad singularmente inferior; pero hay otros actos también en que parecen guiadas por estas fuerzas misteriosas que los antiguos llamaban destino, naturaleza, providencia, que nosotros llamamos voz de los muertos y cuyo poder no podemos desconocer por más que ignoremos su esencia. A veces parece como si en el fondo de las naciones hubiere fuerzas latentes que las

guían. ¿Hay nada más complicado, por ejemplo, ni más lógico, ni más maravilloso que una lengua? Y sin embargo, ¿de dónde sale esta cosa tan bien organizada y sutil, sino del alma inconsciente de las multitudes? Las academias más sabias, los gramáticos más renombrados no hacen más que registrar penosamente las leyes que regulan estas lenguas y serían totalmente incapaces de crearlas. Hasta respecto de las ideas geniales de los grandes hombres ¿estamos seguros de que son exclusivamente obra suya? No cabe duda que han sido creadas por espíritus solitarios; ¿pero los millares de granos de polvo que forman el aluvión donde estas ideas han germinado, no los ha formado el alma de las multitudes?

Las multitudes, son siempre, sin duda, inconscientes; pero esta misma inconsciencia es acaso uno de los secretos de su fuerza. En la naturaleza los seres sometidos exclusivamente al instinto ejecutan actos cuya complejidad maravillosa nos asombra. La razón es una cosa demasiado nueva en la humanidad y

demasiado imperfecta aún para que pueda revelarnos las leyes de lo inconsciente y, sobre todo, sustituirla. En todos nuestros actos la parte de inconsciente es inmensa y pequeña la de la razón. Lo inconsciente obra como una fuerza aun desconocida.

Así, pues, si queremos permanecer dentro los límites estrechos, pero seguros, de las cosas que la ciencia puede conocer y no errar dentro el dominio de

las conjeturas vagas y de las vanas hipótesis, es necesario comprobar simplemente los fenómenos que nos son accesibles y limitarnos á esta comprobación. Toda conclusión sacada de nuestras observaciones es á menudo prematura, pues que detrás de los fenómenos que vemos bien hay otros que vemos mal y, acaso, detrás de estos últimos, hay aún otros que no vemos de ningún modo.

Préface de la *Psicología de las multitudes*, edición francesa.

Donato Luben

Infundios teológicos

II

La teología es el arte de explotar al sér humano pervirtiéndolo moral y espiritualmente con todo género de concepciones absurdas y de galimatías anticientíficas y ultranaturales.

Esta *pseudo-ciencia* parte, como es sabido, del principio fabuloso de la existencia de un Dios supremo, infinitamente sabio, óptimo y todopoderoso, Dios al cual nadie ha visto ni siquiera comprendido, ya que su inconmensurable grandeza de *infinito*, no cabe en cerebro humano; pero que, sin embargo de esto, consiente afablemente en sér *explicado*, en extrañas definiciones morrocotudas, por la infusa sapiencia excrutadora de los muy doctos teólogos adscritos al servicio de su santa iglesia...

La teología proclama la inexcrutabilidad de las grandezas divinas, al propio tiempo que se permite irreverente explicar la esencia de Dios, definiendo uno á uno todos sus atributos y designios, no obstante haberles adjudicado desde luego, la condición *sine qua non de infinitos*.

Dios, el Dios trino de los teólogos judíos y cristianos, es infinito, según ellos mismos aseguran *à priori*; y sin em-

bargo, la ciencia teológica, explica la esencia de todos y de cada uno de sus grandes atributos, encerrándolos en fórmulas concretas irrefragablemente finitas.

Ahora bien: lo infinito ni puede silogizarse ni ser explicado en fórmulas definitivas. Esto es de una verdad irrefragable.

Todo lo que el hombre explica, analiza y define en razonamientos concretos, cae de plano en los límites de lo *finito*, de lo transitorio, de lo perecedero.

Luego, los doctísimos teólogos, al *explicar y definir la naturaleza psicológica de su Dios infinito*, puede decirse que lo destruyen despiadadamente, convirtiéndolo en *cosa explicada* y, por ende, *finita*, de duración transitoria más ó menos larga, eso bien; pero evidentemente *perecedera*.

Sí, señores teólogos doctísimos: el Dios de vuestras quiméricas especulaciones trinitarias, ha sido alevosamente sacrificado por vuestro irreverente prurito *analizador*. Le asignasteis al concebirlo atributos sublimes, de inmensa grandeza soberana, y luego habéis cometido el necio disparate sacrilego de

explicar el valor intrínseco de esos supuestos inconmensurables atributos ultranaturales, reduciéndolos, al pretender explicarlos, á groseras cualidades *perfectamente finitas* y al alcance de cualquier falible mortal.

Ya véis, pues, honorables definidores del Todopoderoso; ya véis cuán torpemente os habéis conducido y cuán grande resulta la responsabilidad que os cabe en la inminente ruina de que se hallan amenazados todos los teismos religiosos y filosóficos.

Proclamáis que Dios es infinito en sabiduría, y no titubeáis en presentarnos, en un credo cerrado plagado de disparates absurdos, la suma y compendio de la omniscencia divina. Aseguráis que vuestro Dios es omnipotente y todopoderoso, y luego, acto seguido, nos habláis de la sublevación celestial de los ángeles rebeldes. Nos corrompéis constantemente las oraciones ensalzando sin tasa ni medida la infinita bondad misericordiosa del Altísimo, y al propio tiempo que tal hacéis, nos mostráis, con el mayor desenfado del mundo, los tremendos horrores neronianos con que, el muy piadosísimo Hacedor del Universo bíblico, tortura á las infelices criaturas pecadoras en eternos suplicios insufribles, sumiéndolas, inclemente, impía y alevosamente, en las espantosas lobregeces amargas de ese monstruoso Monjibelo católico á que habéis bautizado con el siniestro nombre de Infierno... Pretendéis deslumbrarnos bajo el brillo de las grandezas sobrehumanas de vuestro Dios infalible, y nos mostráis, como *summum* de su omniscencia inspiratoria la *Sagrada Biblia*, obra babilónica plagada de los más crasos errores *cosmocéntricos*, *geocéntricos* y *antropocéntricos* que pudo soñar en los tiempos pasados la pobre mentalidad humana. Decís, en fin, que el Todopoderoso de vuestras lucubraciones barocas, se inflama en corrientes de amor inmenso hacia

los humanos, sus hijos predilectos, y al instante nos habláis de las implacables iras del cielo, iras tremendísimas, horripilantes, iras formidables que, según decís los teólogos sapientes, con aterradora frecuencia, han solido traducirse en siniestros cataclismos siderales, geológicos y aun sociales; esto es, en hambres, en pestes, en guerras, en conmociones sísmicas, en horribles tempestades y en toda otra suerte, en fin, de miserias desoladoras y fenómenos exterminantes.

¡Ah! Bien claramente se ve. La inmensidad del Dios de los teólogos profesionales, á la hora de ahora, sólo ha resultado cierta en lo que atañe al inmenso daño que la idea de Dios ha producido al mundo en su calidad de rémora de toda libertad, civilización y progreso.

Abrid, sino, las páginas de la Historia; abridlas y en ellas veréis cuán cierta y cuán evidente resulta la verdad que acabamos de formular. A través de los siglos, razas, pueblos y naciones han venido sufriendo continuamente el azote mortífero de ese cielo ideal, explotado por la tiranía y el error.

Dios ha sido la causa principal de todos los grandes sinsabores, vergüenzas y miserias que han padecido las humanidades que fueron en su rauda paso por la vida. En nombre de Dios, el hombre tirano, áherrojó vilmente al hombre trabajador para explotarlo y hacer de él el escabel de su grandeza y el nimbo de sus glorias. Toda servidumbre, toda impiedad, todo monstruoso atentado contra la vida y libertad de los buenos perpetrado alevosamente por los malos; cuantas infamias feroces y cuantos inícuos atropellos se han llevado á cabo en toda la redondez de la tierra, los actos de opresión, de inhumanidad y de vilipendio más espantables y vergonzosos y las atrocidades más crueles y horrendas, en una palabra, todo cuanto de tenebroso, miserable é indigno existe en las siniestras páginas de la Historia del mundo,

todo, todo ha sido inspirado en el santo nombre de Dios y bendecido, con pomposa solemnidad ritual, por sus aprovechados sacerdotes.

El Dios *infinito* de las religiones positivas, ha dado ocasión y motivo á infinitas maldades infames y ha sido en todo tiempo infinitamente explotado por la tiranía y el error para imponer el ominoso yugo de su tutela á la sociedad y aherrar á los hombres del trabajo.

Inventado por la aberración vesánica del *iluminismo hiperfísico*, Dios, el Dios silogizable de la teología profesional, como no podía menos de suceder dada su procedencia morbosa, ha resultado el tremendo logogrifo que, no obstante haber sido proclamado irresoluble, han resuelto, en síntesis estupenda, la inmensa mayoría de los teólogos doctísimos y de los beatos analfabetos santificados por la religión.

Lo infinito, explicado por lo finito y viceversa, forma el fondo sin fondo de todas las teologías y de todos los teosofismos.

Como se ve, el deísmo religioso se agita constantemente en los errores de la anfibología y del círculo vicioso. Es una solemne mentira abstracta que vive sin tener vida propia, consagrada por toda clase de aberraciones, prejuicios y convencionalismos de un estado social abúlico, incapaz de reflexión, perezoso y rutinario.

Quieren los doctísimos teólogos dar vida esplendorosa á las augustas fantasmagorías de sus mitos deíficos, y ellos mismos desbaratan su labor teológica, definiendo y explicando las grandezas de un Dios al cual llaman infinito y todopoderoso.

Al obrar así, los *sabios* teólogos, obtusos de mentalidad, se olvidan de que, explicar y definir *lo infinito*, es *limitarlo* y de que todo lo que tiene límites, que puede explicarse y definirse, deja, por sólo este hecho concluyente é irre-

fragable, de ser *supremo*, *omnisciente* y *todopoderoso*, ya que, recluso en la sola extensión de sus límites más ó menos dilatados, está á merced del *todo universal* en cuyos inmensos ovarios se agita, vive y desarrolla.

Señores teólogos doctísimos; ya lo véis, estáis en un error lamentable, aunque muy productivo. El Dios que vosotros explicáis y definís con clásica precisión irreprochable, no es, no puede ser infinito. Sólo la divina *Diosa Vida*, *alfa* y *omega* de todo cuanto existió, existe y existirá á través del tiempo y del espacio, es *infinita* en pretérito y en futuro. Ella existió y existirá siempre, animando con su hálito fecundizante las inmensas creaciones que vibran constantemente en las sublimes armonías del concierto universal, y á su influjo poderosísimo, germina todo cuanto palpita y vive en el cosmos, desdoblándose en los partos asombradores de la reproducción y del movimiento pasional. Y como vuestro Dios, que, ni es el *átomo*, ni el *tiempo*, ni el *espacio*, es un Dios de muerte, un Dios-juez, castigador y premiador de los humanos; un *Dios teológico*, que dispone de la gloria y del infierno, como todos los otros dioses creados y adorados por la gran estultez humana á través de los siglos históricos y prehistóricos; como, en una palabra, vuestro Dios es un Dios *explicado* y *definido*, estad seguros de que, ese Dios, el Dios sañado de los teólogos mosaicos, más tarde ó más temprano, caerá al fin en el inmenso sarcófago de la Historia, muerto para bien del mundo humano, por el progreso de los tiempos, que tiene el poder de gastarlo todo, religiones é imperios, en el continuo evolucionar revolucionario de su marcha libertadora.

Vosotros, los muy doctos teólogos judíos y cristianos, en vuestra inconsciencia deicida, condenasteis á muerte á Jehová al propio tiempo que le dabais la existencia. De poco os sirvió, pues

proclamarlo infinito sí, siendo, como lo era efectivamente, una creación fenomenal vuestra, vuestro Dios *infinito*, omnisciente y todopoderoso, estaba; cual el propio Júpiter Tonante, *condenado á morir por el hecho natural de haber nacido*.

Ya véis, pues, teólogos doctísimos,

cuan infundiosas resultan todas vuestras concepciones de *deísmo infinito, trinitario y ultranatural*. Son cual débiles castillos de naipes levantados sobre abstracciones mal barajadas.

Por eso las derriban tan fácilmente el cierzo vivo de la crítica razonadora y experimental...

José Sergi

Fragmento

La protección del hombre, como individuo y como especie, sólo ó colectivo, no puede efectuarla más que el hombre, fuera de él no existe otro medio de protección.

Guiados por esta consecuencia que resulta un principio de extraordinario valor, tanto más porque está demostrado científicamente, no queda á los hombres sino un sólo y verdadero camino para seguir: *la ciencia*.

La ciencia que halla las leyes de la vida, y, por consiguiente, las causas eficientes de ésta, todas las influencias útiles y dañosas que sufre procedentes del exterior; la ciencia de la naturaleza inanimada y animada en su íntima conexión; la ciencia de la vida colectiva ó social fundada sobre principios naturales, ofrece los medios verdaderamente eficaces para el bienestar humano, para la verdadera protección, para la segura conservación y preservación de males evitables, para la defensa válida contra las fuerzas naturales nocivas. Pero la cien-

cia verdadera y completa no será posible y no podrá producir todos sus efectos, hasta que se elimine la influencia parásita de las creencias religiosas y hasta que se extirpe radicalmente la funesta planta que envuelve y ahoga la planta de la vida psíquica.

Entonces el hombre podrá correr con sus fuerzas enteras y libres, en las cuales tendrá fe, y fe plena y exclusiva, hacia el mayor bienestar posible en la gran batalla de la vida y aún hacia el máximo posible de goce. Si los bienes y los males de la vida están en la existencia real y presente, si la vida no es un valle de lágrimas, si todas las funciones deben cumplirse en carne y hueso, es necesario que la existencia resulte deseable y que los placeres superen los dolores.

Apesar del pesimismo religioso, los hombres sienten instintiva y conscientemente esta tendencia al placer y se afanan para conquistarlo, porque esta tendencia surge de las mismas fuentes de la vida.

(De *L'origine dei fenomeni psichici*).

Alejandro Hepp

Caso de conciencia

Con paso precipitado, el cigarro en los labios y la blusa torcida, el obrero se aleja.

De todas partes brotan trabajadores;

las blusas y los pantalones dan á las calles un color azulado.

Las *casas de comida* arrojan un olor penetrante de aceite frito; en grupos, los

obreros se estacionan en la puerta, donde cientos de ensaladas frescas y apetitosas esperan en el mostrador.

Momento hermoso; los más refractarios á la alegría parecen convertirse en hombres amables y cariñosos.

De repente, en la calle se nota cierta agitación y se percibe un rumor parecido al del Océano.

¿Alguna catástrofe? Quizá alguna riña surgida de alguna fútil discusión, de alguna rivalidad.

Y miré delante de mí, hacia donde se oía el rumor, pensando ver aparecer de un momento á otro el ensangrentado cuerpo del agredido en brazos de sus compañeros de trabajo, sostenido por los pies y la cabeza, y dirigirse el dramático grupo á la próxima farmacia.

Nada, no es más que un grupo compacto, al principio misterioso; después, una ola de cabezas alborotadas.

Gritan, agitan los brazos en el aire, las ventanas se abren precipitadamente, se cierran las puertas de los establecimientos, y en un minuto la calle se llena de gente que bulle y se agita en busca de un accidente cercano.

Y allá, á lo lejos, del fondo de aquella formidable masa, sale una voz potente que dice: *Detenedle, detenedle.*

Los chicos, los grandes, las mujeres, los dependientes de comercio, los cocheros de pie sobre el pescante, todos gritan, gesticulan, manotean.

¡Coged al ladrón; detened al asesino!

¿Qué ladrón? ¿Qué asesino? Nadie puede decirlo precisamente; pero con el contagio se establece una especie de corriente vesánica que inspira instintos sanguinarios, con sus linchamientos inoportunamente feroces.

Por fin un individuo que está á mi lado cuenta la verdad de lo ocurrido.

Un hombre que iba conducido en el coche celular se ha escapado.

¿Será un criminal verdaderamente? Eso es lo que no se sabe; pero es joven y

tiene tipo repulsivo. Aprovechando el maremagnum de las calles, logró buscar las espaldas á sus guardianes, forzó la portezuela, arrojóse del coche y se perdió entre la muchedumbre...

Dada la voz de alarma brotaron de aquel informe montón de vehículos y de transeúntes infinidad de defensores de la autoridad, que espontáneamente se prestaron á secundar á la policía en sus gestiones.

¡Contraste extraño! Precisamente en aquel barrio popular, donde están los ánimos más encendidos, y en cuyos comités y centros políticos se propalan doctrinas exaltadas que tienen como procedimiento revueltas futuras y como fin la suprema libertad de los oprimidos y el amparo de los desheredados, que son solos á sufrir, precisamente en ese barrio, la represión y la fuerza oficiales encontraba ayuda y simpatías.

¡Detenedle, detenedle!

Y escurriéndose á lo largo de las fachadas, escabulléndose entre los grupos, haciendo zigs zags, volviendo la vista de vez en cuando para ver si se acercaban sus perseguidores, sin ninguna esperanza, el fugado vuela, pensando á cada momento que le van á los alcánces, que materialmente le pisan los talones.

Al comenzar su carrera soñaba con la libertad, la creía asegurada, figurábase que para él había terminado la desventura; pero dos veces estuvo á punto de ser cogido, librándose con gigantesco esfuerzo por pura casualidad.

Ha escapado después de una terrible lucha, en que ha salido medio magullado, y ya le veo reanudar su carrera, acercarse veloz hacia donde yo me encuentro, llegar, pasar á mi lado.

Ensangrentado, inundados sus ojos de lágrimas de rabia y de dolor, á pesar de que todavía está libre, dirige miradas de súplica y de piedad á los transeúntes.

Esto es una sublime protesta contra el

cielo, el mundo y los hombres. ¡Los hombres!... Todos muy buenos, muy caritativos, y de repente, sin motivo personal, por una simple casualidad, implacables, crueles como hircanos tigres...

¡Detenedle, detenedle!

Ahí va, ahí va...

Si; está cerca de mí; pasa rozándome... No tengo más que alargar los brazos y cae en mi poder...

Pero mis brazos permanecen quietos.

¿Por qué no he detenido á ese hombre?

Esto es lo que no acierto á explicarme; he sentido algo que no había sentido jamás, y estoy satisfecho de haber sentido así.

¿Por qué he de tener yo responsabilidad en el castigo más ó menos justo que sufre ese infortunado?

¿A qué colaborar en el sufrimiento del débil cuando es el fuerte el que le hace sufrir?... No hay nada más filosófico que la frase egoísta de no escuchar á nadie más que á uno mismo. No, no; que la sociedad castigue; pero no quiero ser yo el brazo de su venganza.

Huye, pobre diablo; seas quien seas, huye y que te prendan otros; á tí, que

has demostrado tan rara destreza para librarte de esta caza original y atroz. Si te salvas, tanto mejor. Llevas en este instante las ilusiones del aire libre, de la libertad conquistada; no he de ser yo quien te las arranque del cerebro, quien trueque tu destino.

La ola de perseguidores se aproxima precipitadamente; un caballero que se ha apercibido de mis dudas y de mi resolución generosa, se desprende de la masa común, se viene hacia mi todo indignado, y me dice:

—Si los hombres honrados no conocemos nuestro deber; si los derechos de la sociedad no se respetan, ¿á donde vamos á parar?...

Y me repite todas las frases que inspiran en un cerebro tranquilo y en un corazón sin torturas una vida feliz y regalada. Me habla con desfachatez, con toda la solemnidad que presta la razón, y concluye por decirme que debo ser algún anarquista soñador.

Pero su indignación no me molesta; por el contrario, me parece la mejor recompensa que por mi extraño proceder puede concederme la suprema piedad.

Recibido:

Del editor Félix Alcán, de París: *Combat pour l'Individu*, por Georges Palante.—*Stirnerovsky individualism ve hnutí anarchistickém*, por Luigi Fabbri.—*La Jaula*, cuadro dramático de Luciano Descaves, traducción de Angel Saver.

La Ilustración Obrera, de Barcelona; *El Martillo del Trabajo*, de Las Palmas; *El Trabajo*, de Sabadell; *La Voz Montañesa*, de Santander; *La Guerra*, de Montevideo, número único dedicado á la propaganda antimilitarista.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA